

breza me impide pagarle para que se vaya. Estamos fatalmente ligados uno a otro por la desgracia. En tanto que esté a mi lado, me creeré obligado a aceptar su presencia.

Espero por consiguiente, y lo repito, ignoro qué es lo que espero. Al igual que Lorenza, me rindo, vivo en una especie de somnolencia dulce y triste, sin padecer demasiado y no sintiendo en el corazón más que una gran fatiga. Después de todo, no estoy irritado contra esa muchacha; siento en mí más compasión que ira, más tristeza que odio.

Ya no lucho, me entrego; en la certidumbre del mal, encuentro un reposo extraño, un aplazamiento de todo mi sér.

## XIV

¿Os acordais del gran Santiago, de aquél muchacho larguirucho y pálido? Aun me parece que lo veo, paseándose a la sombra de los plátanos, en el pradillo del colegio; andaba a paso lento y firme, apartando con el pie los guijarros; reíase con toda complacencia, razonando sus sonrisas y viviendo en la más soberana indiferencia. Recuerdo que en un día de expansión me confió el secreto de su fuerza. No comprendí nada de sus confidencias, a no ser que se proponía vivir feliz, tapiando su corazón y su pensamiento.

A los quince años yo no soñaba más que con el gran Santiago. Envidiaba sus largos cabellos rubios, su soberana indolencia. Entre nosotros pasaba por un tipo de elegancia y de aristocrático desdén. Habíame sorprendido aquel carácter egoísta, que nada tenía de joven ni de generoso; habíame puesto a admirar a aquel muchacho descolorido y frío, que pasaba por entre nosotros con la gravedad indulgente y superior de un hombre.

He vuelto a ver al gran Santiago. Es mi vecino; habita la misma casa que yo, dos pisos más abajo.

Ayer, al subir la escalera, me tropecé con un joven y una muchacha que bajaban. El, sin titubeos y con toda naturalidad, me tendió la mano.

—¿Cómo estás, Claudio?—me preguntó.

No parecía sino que nos habíamos separado el día anterior. Apenas había interrogado mi rostro, mas yo me fijé en el suyo en la semi-obscuridad del pasillo, sin poder recordar sus facciones.

Su mano estaba fría; no sé por qué sensación extraña conocí de aquella carne quieta e indiferente.

—¿Eres tú, Santiago?—exclamé.—¡Gran Dios! ha crecido más todavía.

—Sí, sí, soy yo—me contestó con una sonrisa.—Vivo ahí, en lo hondo del corredor, número 17. Ven a verme esta noche, entre siete y ocho.

Y bajó sin volver la cabeza, precedido de la joven, que me miraba con sus ojos grandes de niña. Permanecí un instante inclinado sobre la baranda, siguiendo con la vista a aquel muchacho, que se alejaba con tranquilo andar, mientras que el corazón me latía violentamente en el pecho.

Llegada la noche, bajé al número 17. La habitación se hallaba alhajada con el lujo aparente, y que inspira asco, de los cuartos amueblados de París. No podéis imaginaros, hermanos, qué aspecto miserable y vergonzoso revisten las colgaduras coloradas, rasgadas y grises de polvo, los muebles negros y grasientos, las mayólicas cascadas, los objetos sin nombre, pingajos y despojos que se ven a lo largo de las húmedas paredes. Mi desván está más desalhajado, pero no es más feo. Dos ventanas, altas y anchas, adornadas con delgadas cortinas de muselina, derraman una claridad que ofende la vista sobre todo aquel estado de ruina. Vese allí una cama con descoloridos cortinajes, un armario de luna empañada y rota por un lado, un canapé y sillones en estado deplora-

ble, amarillentos por el uso; luego un lavabo, un escritorio, una mesa, sillas, muebles desiguales, de comedor, de alcoba, de salón, de gabinete. El conjunto ofrece un no sé qué de presuntuoso y de sucio que repugna. A primera vista diríase que se entra en una habitación honrada; después se ve la grasa sobre la caoba y los damascos y se experimenta como una impresión de vicio y de falta de limpieza.

Sentíme entristecido ante el nocivo aspecto de aquella morada y respiré con asco aquella atmósfera espesa y nauseabunda, hediendo al polvo, al viejo barniz y a las telas descoloridas, olor agrio y sofocante, que es el mismo en todos los hoteles.

Santiago, sentado ante el escritorio, trabajaba con todo sosiego, teniendo a la vista un Código abierto. La joven se hallaba tendida en el canapé, con los ojos clavados en el techo, silenciosa y grave.

Santiago giró a medias su asiento, y su rostro se me apareció en plena claridad. Es siempre el mismo rostro, un rostro soberbio e indiferente; léese en él una voluntad fuerte, compuesta de egoísmo y frialdad. El hombre ha llegado a ser lo que el niño prometía. Nuestro antiguo condiscípulo debe de ser en la vida lo que se llama un joven práctico y formal; tiende a un objeto, quiere ser abogado, procurador o notario, y a ello se dirige con todo el poderío de su reposo. Con el corazón cerrado, con la carne quieta, acepta este bajo mundo sin agradecimiento ni rebeldía. Santiago es un carácter honrado, un espíritu de justicia, que vivirá honorablemente, según el deber y las costumbres; no flaqueará, porque no tendrá que flaquear, y caminará recto y firme, sin tener nada que odiar ni que querer. En sus ojos claros e insubstanciales no he sabido encontrar el al-

ma; en sus pálidos labios no he podido ver la sangre del corazón.

Ante aquel hombre, apacible y sonriente, puesto de codos sobre sus libros de trabajo y tendiéndome su fresca mano, he pensado en mí, hermanos, en mi pobre sér agitado incesantemente por la fiebre de los deseos y de las penas. No adelanto sino vacilando; para protegerme carezco de esa hermosa quietud, de ese silencio del corazón y del alma. Soy todo carne, todo amor, y me siento vibrar profundamente a la primera sensación. Los acontecimientos me llevan, y no puedo guiarlos ni vencerlos. Mañana, en mi vida libre, si llega el caso de que agravie al mundo, el mundo se apartará de mí, porque habré cedido a mi arrogancia y a mis amores. Santiago será saludado, por haber seguido la ruta fijada. No me atrevo a decir en voz alta que la virtud es cuestión de temperamento; pero, hermanos, yo pienso en voz muy queda que los Santiagos de este mundo son cobardemente virtuosos, al paso que los Claudios tienen la horrible desgracia de llevar dentro de sí una eterna tempestad, un inmenso deseo del bien que les agita y les lleva fuera de los fallos de la multitud.

La joven había inclinado la cabeza, y me miraba, abierta la boca, y con los ojos agrandados. Su rostro tiene la transparente blancura de la cera, con manchas de rojo mate en las mejillas; sus pálidos labios y sus párpados caídos y parduscos, dan a su rostro un aspecto de niño enfermo y resignado. Tiene quince años, y, a veces, cuando sonríe, apenas se le echarían doce.

Mientras Santiago me hablaba con su voz lenta, yo no podía apartar mis miradas de aquel semblante doloroso, tan joven y tan marchito. Notábase en aquella cándida frente un desfallecimiento, una languidez terribles; la sangre no circulaba

ya bajo la piel; los estremecimientos de la vida no conmovían ya aquella carne adormecida. ¿No habéis visto jamás, en su cuna, a una niña a quien la fiebre ha vuelto más blanca, más inocente aún? Duerme con los ojos abiertos; su carita es de ángel, dulce, reposada, y parece sonreír. La singular jovencita que tenía delante de mí, aquella mujer que se había quedado niña, parecía a sus hermanas en la cuna. Sólo que aquí era mayor la compasión que suscitaba al ver, en una frente de quince años, tanta pureza, tanta palidez, todas las ingenuas gracias de la niña y todas las vergonzosas fatigas de la mujer.

Había doblado los brazos y sostenía su desfallecida cabeza.

Yo ignoraba su historia; no sabía quién era ni qué hacía allí. Pero, en todo su sér, veía la inocencia de su corazón y el baldón de su cuerpo, conocía la juventud de sus miradas y la vejez prematura de su sangre, y me decía que iba a morir de decrepitud a los quince años, virgen de alma. Demacrada y débil, tendíase como una cortesana y sonreía como una santa.

Permanecí dos horas largas entre Santiago y María, contemplando a aquellos dos séres y estudiando ambos rostros. No podía adivinar qué había aproximado semejante hombre a semejante mujer. Luego pensé en Lorenza, y caí en la cuenta de que existen uniones fatales.

Santiago me pareció satisfecho de la vida que lleva. Trabaja, regula sus placeres y sus estudios, lleva la vida de estudiante, sin impaciencia alguna y hasta, por el contrario, con cierta complacencia tranquila. Noté que sentía cierto orgullo al recibirme en tan hermosa estancia; sin duda no ve toda la innoble fealdad de aquel lujo de mala procedencia. Por lo demás no es vanidoso ni fá-tuo; es sobrado práctico para tener tamaños de-

fectos. Tan sólo me habló de sus esperanzas, de su posición futura; tiene prisa por dejar de ser joven y vivir como hombre grave. Entre tanto, para hacer lo que hacen todos, consiente en habitar un cuarto de cincuenta francos al mes, en fumar, en beber un poquitín y hasta en tener una querida. Mas él considera todo esto como una moda a que no se puede negar; piensa, para cuando termine el último examen, desprenderse del cigarro, de María y de su vasito, como muebles en adelante inútiles. Calcula, minuto más o menos, la hora en que tendrá derecho al respeto de la gente de bien.

María escuchaba las teorías de Santiago con tranquilidad completa. No parecía comprender que era uno de los muebles de que se desharía el joven, cuando llegara la mudanza. Sin duda a la pobre niña le importa poco pertenecer a éste o al de más allá, con tal de tener un canapé en que reposar sus miembros doloridos.

Aparte de todo, Santiago y María se hablaban con una dulzura que me sorprendió. Parece como que se aceptan, tratándose bien uno y otro. No es esto amor, ni tan siquiera amistad; es un lenguaje fino, que evita toda contienda y que mantiene el corazón en perfecta indiferencia. Santiago debe de ser el inventor de semejante lenguaje.

Al cabo de una hora dijo que no podía perder más tiempo; púsose de nuevo a trabajar, suplicándome que me quedase, y asegurándome que mi presencia no le molestaba en lo más mínimo. Acerqué mi silla al canapé y me entretuve hablando en voz queda con María. Aquella mujer me atraía; sentía hacia ella ternura, compasión de padre.

Habla cual si fuese una niña, tan pronto con monosílabos, tan pronto con locuacidad, apasionadamente y sin darse punto de reposo. Habíala

juzgado bien; la inteligencia y el corazón se le quedaron en la infancia, en tanto que el cuerpo adquiría proporciones y se mancillaba. Tiene una ingenuidad exquisita, horrible a veces, cuando, con dulce sonrisa y muy abiertos los ojos, en que se pinta la admiración, deja salir las más groseras palabras de sus labios delicados. No se ruboriza, pues ignora en qué consiste el rubor; no parece tener conciencia de sí misma y se muere apaciblemente, sin saber lo que es ella, ni lo que son las demás jóvenes que se apartan cuando pasa.

Poco a poco me fué contando su vida, y pude, frase por frase, reconstruir su lamentable historia. Una relación me habría disgustado, pues habría titubeado en creer; prefiero que se haya confesado, sin darse cuenta ella misma, mediante declaraciones parciales, al azar de la conversación.

María cree tener quince años; ignora dónde nació y se acuerda vagamente de una mujer que le zurraba, su madre. Sus primeros recuerdos datan del arroyo; se acuerda de que jugaba en él y que en él descansaba. Su vida ha sido un interminable pasear por las calles; sería difícil saber qué hizo hasta la edad de ocho años; cuando se le pregunta acerca de aquellos tiempos, contesta que nada sabe, a no ser que tuvo demasiada hambre y demasiado frío. A los ocho años, como todas las pequeñuelas desdichadas, vendía flores. Entonces dormía en la barrera de Fontainebleau, en un extenso desván sombrío, con toda una turba de muchachos de su edad, varones y hembras, que dormían en revoltijo. Desde los ocho a los catorce acudió a aquella perrera, eligiendo cada noche su rincón, besada por unos, zurrada por otros, creyendo en el vicio y en la miseria, sin que nada le precaviese, ni le sublevase el corazón. Era ya una criatura indigna y continuaba no obstante ignorando que poseía cuerpo y sentidos. Había hecho

el mal antes de saber que el mal existiese; hoy, en pleno libertinaje, conserva su carita de niña, sin haber dejado jamás de ser virgen e inocente. La impureza se había fijado en ella sobrado temprano para poder ser mancillada.

Entonces comprendía yo aquel rostro singular, mezcla de impudicia y de ingenuidad, de belleza joven y marchita. Explicábame aquella muchacha cínica, aquella mujer gastada, que se iba del mundo con el sosiego y la pureza de una mártir. Era hija de la gran ciudad, y la gran ciudad había hecho de ella aquella criatura monstruosa, que ni era niña ni mujer. En aquel sér, cuya alma no había evocado nadie, el alma dormía aún; ni siquiera el cuerpo había sido despertado nunca. María se encontraba siendo una pobre de espíritu y de cuerpo, que se entregaba por abandono, quedando pura en medio del cieno, no sabiendo nada y aceptándolo todo. Véola, en presencia mía, ajada ya, con su bondadosa sonrisa, hablándome, con voz un tanto ronca, como nuestras hermanas nos hablaban de sus muñecas, y siento que el corazón se me oprime horriblemente.

A los catorce años, una vieja, que ningún derecho tenía sobre ella, la vendió; dejóse comprar y se ofreció casi por sí misma, como ofreciera sus ramitos de violetas. Tenía aún las mejillas color de rosa y sus carcajadas resonaban alegremente. Diéronle vestidos de seda, alhajas; aceptó la seda y el oro como si fuesen juguetes, desgarrándolo y arrojándolo todo por la ventana. Por lo demás, María vivía así, porque ignoraba que se pudiese vivir de otro modo; carecía del sentimiento del lujo, y habría aceptado lo mismo un cuchitril que un hotel. Gustábale vivir ociosa y contemplar las paredes; el sufrimiento, que ya iba encorvándola, la acariciaba con el reposo, una especie de vago delirio de la mente, a cuyo despertar parecía in-

quieta y agitada. Cuando se le preguntaba qué era lo que había visto, contestaba en tono despavorido: "¡No lo sé!"

Así vivió casi cerca de un año, recorriendo los hoteles amueblados, durmiendo aquí y allá, sin perder un ápice de su serenidad. Como le mostrase yo alguna sorpresa y no pudiese dominar toda la repugnancia que me inspiraba semejante vida, quedóse admirada, sin comprenderme.

Una noche la miseria se había vuelto a presentar. Iba María a dirigirse al desván de la barrera de Fontainebleau, cuando se tropezó con Santiago. Contóme este encuentro con voz que no olvidaré en toda mi vida, con miradas inmóviles en los ojos y ruidosas carcajadas en los labios. Ella fué la que se acercó a Santiago, pidiéndole el brazo, porque estaba obscuro y el empedrado resbaladizo. Sin duda no abrigaba el menor pensamiento malo. Santiago le hizo preguntas, y en vez de llevarla por el camino de Orleáns, la condujo a su casa. Ella le dejó obrar, siempre tranquila. Tal vez no habría mendigado una cama; pensaba en la paja del desván, pero aceptaba sin gozo ni repugnancia las blancas sábanas que se le presentaban. Desde aquel día ha vivido lo más posible en el canapé.

He creído comprender que Santiago, a su modo de ver, había hecho una buena adquisición al quedarse con María. Ya que necesitaba una querida, aquélla era la que mejor le hacía al caso; una naturaleza debilitada y quieta, que no le molestaba en su indiferencia, una muchacha indolente y apática de quien se desprendería con facilidad, una mujer encantadora en medio de su palidez, que tenía toda la gracia de la juventud, sin sus caprichos ni inconsecuencias. Por otra parte, María, enferma en ocasiones, tiene sus días de vida y de regocijo; no se halla aún clavada a un col-

chón, y, cuando ríe al sol, resplandece hermosa, entre sus doradas guedejas, hasta el punto de hacer soñar al mismo Santiago.

Me he complacido, hermanos, en hablaros de Santiago y de María.

Permanecí dos o tres horas junto a ellos, olvidando mis penas, y he querido olvidarlas más, refiriéndooos mi visita. Mundo es éste que no conocéis, mundo doloroso; su estudio resulta desapa-cible, rebosante de vértigo. Yo querría penetrar en los corazones y en las almas; me siento atraído por esas mujeres y esos hombres que viven a mi alrededor; tal vez en el fondo no encontraría más que cieno, mas, con todo, desearía sondear ese fondo. Viven una existencia tan singular, que creo siempre hallarme a punto de descubrir en ellos nuevas verdades.

## XV

Vivimos al día, con la venta de libros viejos o de algunos harapos. Mi miseria es tan grande, que ni me percató de ella, ni dejo de dormir por la noche casi satisfecho, cuando me queda en el bolsillo una veintena de sueldos para las dos comidas del día siguiente.

Me he presentado en varias agencias para solicitar un empleo, y he sido recibido con sobra de brusquedad. He creído comprender que mi defecto es presentarme tan pobremente vestido. Que escribo mal—me dicen,—que no sirvo para maldita la cosa. Créolos bajo su palabra, y me retiro, abochornado por haber tenido un solo instante, la idea de robar el dinero a aquella honrada gente, poniendo a su servicio mi inteligencia y mi voluntad.

No sirvo para nada: tal es la verdad que he sacado de mis tentativas. No sirvo para nada, a no ser para sufrir, para sollozar, para llorar mi juventud y mi corazón. Vedme solo en el mundo, rechazado y miserable, sin atreverme a mendigar y sintiéndome más hambriento que el pobre que tiende la mano. Aquí vine mecido en un sueño de

gloria y de fortuna, y me despierto en pleno lodo, en la más extremada pobreza.

Felizmente, el cielo es clemente y misericordioso. Hay en la miseria una especie de sorda embriaguez, una somnolencia voluptuosa que adormece la conciencia, el cuerpo y el espíritu. No me doy claramente cuenta del grado de indignancia y de degradación en que me encuentro; padezco poco, dormido en el hambre y me reveleo en la ociosidad.

Leed lo que es mi vida.

Por las mañanas me levanto tarde. Las mañanas son brumosas, frías, oscuras; entra el día, gris y triste, por la ventana sin cortinas; arrástrase melancólicamente sobre el pavimento y las paredes, y experimento una sensación de bienestar al sentir el tibio calor de la ropa que he amontonado sobre el lecho. Lorenza duerme al lado mío con sueño de plomo, con el rostro vuelto hacia arriba y muda. Yo, con los ojos abiertos y con la sábana pegada a la barba, miro al techo atravesado por una larga grieta; ante ella caigo en verdadero éxtasis; la estudio, y sigo cariñosamente con la vista las quebradas líneas; la contemplo horas y más horas, sin pensar en nada.

Ese es el mejor instante del día; tengo calor y duermo a medias. El cuerpo se halla satisfecho y el espíritu avanza dulcemente por el hermoso país del semi-sueño, donde la vida reviste todas las voluptuosidades de la muerte. Luego, a veces, cuando me hallo por completo despierto, me abandono en brazos de algún sueño. Hermanos, ¡cuán niño debe de ser mi pobre corazón, para que todavía pueda engañarme! Ah, sí, siempre sueño, siempre vive en mí ese poder extraño que me permite huir de la realidad, crear, en todas sus partes, un mundo y unos seres mejores. Allí, entre dos sábanas sucias, al lado de una mujer fea y

vergonzante en su envilecimiento, en medio de una habitación oscura, veo con frecuencia con mis ojos un palacio, todo mármol, todo plata, y una amada, pura, luminosa, que me tiende los brazos y me llama a su diestra sobre el lecho de seda en que reposa.

Dan las once y salto de la cama. El húmedo frío de los ladrillos, que me hiela bruscamente las plantas de los pies, me despierta de mi ensueño. Póngome a tiritar y me visto de prisa y corriendo. Después empiezo a andar por la habitación, yendo de la ventana a la puerta, dirigiendo una mirada a la pared que es todo mi horizonte, y volviendo para mirar a Lorenza, sin verla. Fumo, bostezo y pruebo a leer. Tengo frío y me aburro.

Lorenza se despierta. Entonces empiezan los sufrimientos. Hay que comer; celebramos consejo. Buscamos por la habitación algo que poder vender. A menudo renunciamos a almorzar cuando el problema es de resolución demasiado difícil, y no hablamos más. Cuando hallamos algún guñapo, un papel, sea lo que sea, Lorenza se viste y va a ofrecer la miserable mercancía a un revendedor, que le da ocho o diez sueldos. Vuelve con pan y algún embutido, y nos lo comemos en pie, sin dirigirnos una palabra.

¡Cuán largos resultan los días para los pobres! Cuando hace demasiado frío y carecemos de fuego, nos volvemos a acostar. Si el tiempo se presenta más templado, trato de trabajar, entrándome calentura al querer hacer un trabajo que me rechaza.

Lorenza se deja caer en la cama, o anda a paso lento, arrastrando su vestido de seda azul, que parece llorar al rozarse con los muebles. El vestido está ya amarillo de grasa, desgarrado, mostrando la urdimbre en las costuras, y gastados los pliegues. Lorenza lo deja pudrir y caer en jiro-

nes, sin limpiarlo ni componerlo. Póneselo por la mañana, por no tener otro, y así se pasa el día entero en nuestro cuarto miserable, despeinado el cabello, con un vestido de seda suave; ese vestido color azul pálido, que brilla todavía por algunos sitios, es un andrajo infame, arrugado, descolorido, deplorable. Produce no sé qué torcedora angustia al ver esos harapos de rico tejido, ese lujo arrastrado en la miseria, esos hombros desnudos enrojecidos por el frío. Siempre me acordaré de Lorenza andando así vestida por el tabuco de mis veinte años.

Por la noche la cuestión del pan se hace abrumadora y apremiante. Comemos o no comemos, y luego nos acostamos, cansados y adormecidos. Al siguiente día, la vida empieza de nuevo, semejante, más punzante y más ingrata que la víspera.

Hace una semana que no salgo a la calle. Una noche—no habíamos comido el día anterior—me quité el gabán en la plaza del Panteón, y Lorenza fué a venderlo. Estaba helando. Volvime corriendo a casa, sudando gruesas gotas, de miedo y de dolor. Dos días después, mi pantalón siguió el mismo camino del gabán. Aquí me tenéis desnudo. Me envuelvo en una manta, me tapo lo mejor que puedo y hago así todo el ejercicio posible para que mis articulaciones no se entumescan. Cuando alguien viene a verme me acuesto en seguida, pretextando una ligera indisposición.

Lorenza parece padecer menos que yo. No se muestra rebelde y no intenta substraerse a la existencia que llevamos. No puedo explicarme lo que es esta mujer. Acepta con la mayor tranquilidad mi miseria. ¿Es esto abnegación? ¿es necesidad?

Yo, hermanos, ya os lo he dicho; me siento bien, me duermo. Siento que mi sér se deshace, y

me dejo llevar de esa dulce postración de los moribundos, que piden compasión con voz débil y cariñosa. No tengo otro deseo sino el de comer con más frecuencia. Querría también que me tuviesen lástima, que me acariciaran, que me quisieran. Necesito un corazón.



## XVI

Oh, hermanos padezco, padezco. No me atrevo a hablar, siento que el hocorno me oprime la garganta y sólo puedo llorar, sin apartar de mi corazón el peso que le sofoca.

La miseria es dulce, la infamia es ligera. Y he aquí que el cielo me castiga, que me doblega bajo terrible huracán, con el dolor de implacable herida.

Ahora, hermanos, podéis desesperar; ya no tengo más peldaños que descender; acabo de lanzarme al abismo y estoy perdido para siempre.

No me preguntéis. Dejo que mis gritos lleguen hasta vosotros, pues el dolor es sobrado agudo para que consiga sofocarlos. Pero detengo las palabras en los labios, pues no quiero asustaros ni afligiros, contándoos la horrible historia de mi corazón.

Decíos que Claudio ha muerto, que no le veréis más, que todo ha terminado. Prefiero padecer solo, resignado a morir, antes que turbar vuestra santa tranquilidad, desgarrándome ante vosotros, descubriéndoo mi sangrienta llaga.

## XVII

¡No! padeceréis, mas no me es posible guardar silencio. Encontraré algún consuelo al mostrarme ante vosotros sin disfraz; cuando sepa que sollozáis conmigo, ¡me sosegaré!

¡Hermanos míos, amo a Lorenza!